

MIGUEL AGUIAR, *CAVALEIROS E CAVALARIA. IDEOLOGIA, PRÁTICAS E RITUAIS ARISTOCRÁTICOS EM PORTUGAL NOS SÉCALOS XIV E XV*, LISBOA, EDITORIAL TEODOLITO, 2018, 264 PÁGS.
ISBN: 978-989-8580-57-3.

DAVID PORRINAS GONZÁLEZ
Universidad de Extremadura

El libro de Miguel Aguiar sobre caballeros y caballería en la Baja Edad Media portuguesa viene a llenar un vacío existente en la historiografía del país vecino, el de la problemática caballerescas bajomedieval, una temática no abordada en profundidad hasta este libro y otros trabajos publicados por el joven historiador. A pesar de esa juventud la obra muestra madurez, trabajo, reflexión, así como una redacción clara y cuidada, lo que permitirá accesibilidad a un mayor número de lectores.

Comienza el autor planteando una realidad, la de la dificultad que entraña aquilatar una definición de caballería. Esto es así no solo en el periodo bajomedieval portugués, sino en toda la Edad Media y en la totalidad del ámbito europeo. Solventa con acierto la cuestión definitoria al plantear que la caballería es al mismo tiempo un “sistema ideológico, formado por un conjunto de ideas, principios y convenciones, así como de símbolos, prácticas y rituales, todos articulados entre sí y alimentándose mutuamente” (p. 10). Ese sistema ideológico es una de las señas de identidad de la aristocracia medieval, sirviendo para identificar a ese grupo social. Pero la caballería es también una función, la guerrera. Dedicación militar e ideología caballerescas son por tanto pilares centrales de la caballería. Con esas premisas el autor plantea el objetivo de su obra, que no es otro que el de contribuir a un mayor conocimiento de la sociedad medieval y su funcionamiento, intentando comprender algunos mecanismos de relación entre diferentes grupos dentro de un sistema social determinado. Para llegar a ese conocimiento se plantean una serie de interrogantes como ¿qué significaba ser buen caballero?, ¿qué es la caballería?, ¿quiénes son los caballeros?, ¿qué importancia tuvieron los caballeros para entender la evolución y dinámica de la sociedad medieval?, ¿qué ideas y principios dan cuerpo a la ideología caballerescas?, ¿qué jerarquización había dentro de esas ideas?, ¿qué prácticas y rituales caracterizaban a la caballería de esta época?, ¿de qué forma las prácticas y los rituales se articulaban con el discurso teórico?, ¿en qué medida la caballería, en sus dimensiones teóricas y prácticas, fue importante para la estructuración

del grupo aristocracia y su articulación con el poder regio? Y, finalmente, ¿qué elementos podemos extraer de este análisis para una mejor comprensión de la sociedad medieval? Tras exponer esas premisas e interrogantes Aguiar describe la estructura de su libro, de manera clara, sintética y ordenada, proponiendo una división del trabajo en tres bloques temáticos, correspondientes a tres grandes capítulos: 1) análisis de la literatura portuguesa donde se teoriza sobre la caballería; 2) relaciones entre caballería, aristocracia y realeza y 3) conjunto de prácticas y rituales que caracterizaban las vivencias de la caballería, como la investidura caballeresca, justas y torneos, idea y práctica de la cruzada.

El primero de los capítulos, titulado “Los textos” se adentra en el análisis de escritos que nos hablan de caballeros y caballería, intentando alcanzar su sentido a través del estudio terminológico de esas dos realidades. Para ello se centra fundamentalmente en cuatro testimonios: 1) Las obras del rey don Duarte (*Leal Conselheiro; Livro da Ensinança de Bem Cavalgar Toda a Sela; Livro dos Conselhos*), 2) el Título XXI de la *Segunda Partida* de Alfonso X el Sabio casi dos siglos después en una compilación legislativa portuguesa de 1446-1447; 3) la opinión del infante don João, plasmada por escrito en los inicios de la década de 1430, donde se exponen reflexiones sobre una nueva empresa guerrera en el norte de África, y 4) las crónicas escritas por Gomes Eanes de Zurara. Todos ellos son textos ricos en imágenes y reflexiones acerca de caballeros, caballería, ideología guerrera y caballeresca desde una perspectiva regia, en un arco temporal comprendido a grandes rasgos entre los años 1420 y 1470, un periodo marcado por el esfuerzo guerrero portugués en el norte de África.

Una de las misiones primordiales de la caballería señalada en estos textos es la defensa del reino, designio esencial del caballero arquetípico y donde destacan referentes como Nuno Álvares Pereira, condestable de Portugal en 1303-1385, un periodo crítico para Portugal, enfrentada con Castilla por cuestiones sucesorias y que tiene en la batalla de Aljubarrota (1385), gran victoria angloportuguesa sobre una coalición de castellanos y franceses, un hito trascendental. El condestable Álvares Pereira será pieza esencial en ese resonante triunfo militar, convirtiéndose en un referente caballeresco y en héroe nacional.

Se interroga Aguiar en el siguiente punto si la caballería es un cuerpo social definido en estos textos, buscando esa definición en virtudes caballerescas como las nociones de honor y vergüenza y en su vinculación con la idea de nobleza. Pasa después a estudiar el reflejo que de prácticas y rituales de la caballería muestran esas fuentes. Esas prácticas y rituales resultan fundamentales para la creación de una aristocracia cortesana vinculada a la figura del rey, y que tiene en la práctica de la guerra un sustento ideológico de primer orden. Los hechos de armas notables ejecutados con fortaleza y valentía serán, así, determinantes en la definición de ese grupo social en auge. El norte de África será el escenario principal donde actúan esos caballeros portugueses bajomedievales, unos guerreros que habían completado junto a sus reyes la “reconquista” contra los musulmanes y que optan por proseguir su expansión en el Magreb ante las dificultades que entrañaba enfrentarse al muro castellano. Autores como Zurara crean en sus relatos arquetipos de caballería que se desempeñan en esa prolongación de la guerra santa y

la cruzada en ese nuevo ámbito de expansión africano. Así, las líneas de fuerza en la definición de la caballería que proponen los escritos analizados son esencialmente dos: la defensa del reino y la sociedad mediante las armas, y un conjunto de valores bélicos que resultan nucleares en la identidad de la caballería. En ese proceso de definición el papel de la monarquía es fundamental, creando los reyes una caballería destinada a su servicio y al del propio reino.

Es precisamente el estudio de esas relaciones entre caballería, aristocracia y realeza donde se centra el capítulo 2 del libro de Miguel Aguiar. Dos son los aspectos analizados en esta sección. En primer lugar se expone que la caballería fue un mecanismo de renovación del grupo aristocrático, en una sociedad organizada para la guerra la profesión guerrera actúa como fuente de poder y definidora del lugar ocupado por el individuo en la sociedad, ofreciendo la frontera oportunidades de ascenso social en virtud de las recompensas recibidas por los servicios militares prestados a los reyes. La caballería se presenta como un conjunto heterogéneo de guerreros que luchan a caballo y que no es algo cerrado, en tanto permite la entrada en él a nuevos miembros gracias a la investidura y a las concesiones regias del estatuto de hidalguía. Serán precisamente los periodos de guerra aquellos que más oportunidades de ascenso social ofrecerán, algo que no es exclusivo del Portugal bajomedieval.

En un segundo apartado de ese capítulo 2 se indaga en un aspecto importante, el de la cohesión interna del grupo aristocrático, una cohesión que es vertical y también horizontal y donde los símbolos que identifican al grupo y lo diferencian de otros serán un factor importante. La guerra actúa también como elemento cohesionador, interviniendo esa actividad además como fuente de honra, riqueza, privilegios y prestigio, de ahí que se asista a cierta competitividad en el seno de la aristocracia guerrera. Un papel similar juegan las justas y los torneos, que se celebran en el marco de grandes ceremonias como bodas regias y nobiliarias, constituyendo oportunidades de encuentro e interacción entre los distintos sectores del grupo aristocrático. Esos eventos demuestran que la aristocracia se mueve geográficamente por distintos lugares de Europa, constituyéndose lo que el autor llama, usando una denominación acuñada por Adeline Rucquoi¹, una “internacional caballeresca”, donde opera un código caballeresco que es compartido por aristócratas que se mueven en un ámbito europeo. Esa itinerancia aristocrática viene marcada por un “calendario caballeresco”, un circuito de justas y torneos que permiten a los caballeros establecer y reforzar lazos de solidaridad con sus semejantes foráneos, al tiempo que realizan una especie de *cursus honorum* que les ayuda a progresar en la escala social. Pone varios ejemplos de caballeros portugueses que actuaron en distintos lugares de Europa.

El ritual de investidura era un acontecimiento central en la vida de los caballeros bajomedievales, y es precisamente a esa cuestión a la que Aguiar dedica las siguientes páginas, entendiendo que es un elemento más de cohesión, vertical y horizontal, del

¹ RUCQUOI, Adeline, “François et Castillians: une “Internationale Chevaleresque” François et Castillians: une Internationale chevaleresque”, *La “France anglaise” au Moyen Âge*, Paris, C.T.H.S., 1988, pp. 401-419

grupo aristocrático identificado con la caballería. Servirá, además, para reforzar vínculos de reyes y príncipes con sus caballeros, aumentando la solidaridad y la motivación de estos últimos hacia los primeros. Con todos esos elementos la aristocracia va proyectando una autoimagen de un grupo que emplea precisamente su identificación con la caballería para el refuerzo de su identidad. Ello se manifiesta, por ejemplo, en las esculturas sepulcrales nobiliarias.

Pero no todo es armonía en este grupo. En él se da también una competitividad interna entre miembros que aspiran a acumular más favores regios, y por ende poder, que sus competidores. En esos juegos de poder el rey actúa como cúspide de la pirámide social al tiempo que árbitro que necesita dividir un tanto al grupo nobiliario para poder gobernarlo y usarlo para reinar. Cuando el poder del rey es débil explotan conflictos intranobiliarios que ponen en peligro la estabilidad del reino.

Conscientes de que su propio poder se sustentaba en el de su nobleza identificada con la élite caballeresca, los reyes portugueses, como otros monarcas bajomedievales, intentaron controlar a las órdenes de caballería. A partir de 1385, fecha de la victoria en Aljubarrota, se intensifica un proceso de aristocratización de las órdenes militares tradicionales, que habían jugado un importante papel en la reconquista portuguesa. Ese fenómeno, que no es exclusivo de Portugal, irá en crescendo a medida que avanza el siglo XV. Lo que sí resulta problemático es establecer hasta qué punto los reyes portugueses crearon órdenes de caballería propias, como estaban haciendo, desde mediados del siglo XIV, reyes de Castilla, Francia o Inglaterra.

Con todo, la relación caballería-realeza se consolida en Portugal entre los siglos XIV y XV, y es al análisis de distintas manifestaciones de ese binomio a lo que Aguiar dedica el siguiente bloque. Algunas de ellas son la auto representación de los reyes como caballeros en sus sellos y monedas, en sus sepulcros, crónicas e iconografía, identificándose con grandes generales de la Antigüedad como Alejandro Magno o Julio César. Es por esa necesidad de identificación con la caballería, y como cabezas de la misma, por lo que las investiduras caballerescas regias adquieren una importancia capital en el periodo. Los reyes desarrollaron esos mecanismos de identificación con la caballería para fortalecer su poder.

El tercer y último capítulo del libro estudia aspectos tan relevantes como son “Las prácticas y los rituales de caballería”, en el que se analizan tres temas principales que lo subdividen en respectivos apartados: 1) El ritual de investidura caballeresca, 2) Las justas, torneos y hechos de armas y 3) La cuestión de la cruzada. En el primero de esos bloques Aguiar indaga sobre los modos, lugares y momentos del ceremonial de investidura, así como sobre los elementos materiales y humanos que eran necesarios para su desarrollo. Esos rituales eran de dos tipos, por una parte ceremoniales, relacionados con eventos festivos y cortesanos, y por otra guerreros, vinculados al campo de batalla. Podemos conocerlos gracias a la iconografía, donde son representados, y a la literatura, donde son descritos, y algunos de cuyos ejemplos expone el autor en estas páginas. Durante el periodo predominan las investiduras en campos de batalla, lo que

debe ser entendido como un elemento motivador de los guerreros para el combate, si se producían antes de los choques, o como recompensa, si se desarrollaban después de los mismos. Los lugares más habituales para la práctica de investiduras que no se dan en la guerra son iglesias. A pesar de que estas ceremonias tienen tintes de sacralización, no dejaban de ser laicas, no pudiendo otorgar la caballería aquel que no la ostentara previamente. Espada y espuelas serán dos elementos presentes en unos ceremoniales que no se presentan de manera homogénea, sino variable, efectuándose en lugares diferentes, en edades distintas y con motivaciones dispares, aun habiendo elementos centrales que están siempre presentes.

Los torneos, justas y hechos de armas son actividades que definen a los caballeros, y operan como símbolos y también como display exhibitorio de cualidades físicas y morales e identidades. El torneo es, como había venido siendo en lugares de Europa al menos desde el siglo XII, un combate por equipos con unas reglas prefijadas. La justa es el enfrentamiento individual a caballo, lanza en ristre, en una liza. Los hechos de armas serían la práctica más habitual de los caballeros, las acciones guerreras en contextos bélicos. Torneos y justas serían ejecutados en ambientes cortesanos y festivos, con una dimensión lúdica, campestre en el caso de los torneos, urbana en el de las justas, siendo reservados para este caso los espacios más nobles de las ciudades. El desarrollo de las justas estaba fuertemente ritualizado, siendo necesarios una serie de gestos que otorgaban al acto espectacularidad y pompa. Eran además ocasión para el despliegue de larguezas regias y señoriales, de las que eran beneficiarios los caballeros participantes, introduciéndose así una vertiente lucrativa. Teatralización, solemnidad, luz, color, música, ambiente festivo, premios a los campeones dotarían a esos eventos de un magnetismo especial, constituyéndose como un escaparate óptimo para caballeros, reyes, señores y damas al mismo tiempo que escenario de estrechamiento de relaciones diplomáticas, o de amistad, y espectáculo del poder social dominante. En ese contexto era normal que se sustanciaran alianzas matrimoniales, pactos entre individuos y facciones, embajadas para el reforzamiento de relaciones internacionales. De todo ello, centrándose en el Portugal bajomedieval, da cuenta en esta parte Miguel Aguiar.

En un tercer y último bloque de este capítulo el autor estudia las relaciones existentes entre la caballería y el fenómeno de la cruzada. A partir de la pregunta ¿hasta qué punto la idea y práctica de la cruzada fue cuestión central en la ideología caballeresca? Aguiar reflexiona sobre los problemas historiográficos y terminológicos suscitados por el concepto en cuestión, la cruzada, entendiéndolo que ésta se materializa en las guerras contra los “moros” emprendidas por el reino de Portugal en el norte de África, nuevo espacio de frontera donde los reyes lusos, apoyados ideológicamente por el papa, desarrollarían una política cruzadística. En ese contexto los relatos cronísticos aquilatan algunos arquetipos de caballeros cruzados modélicos esforzados en una guerra considerada “virtuosa” y meritoria al tiempo que oportunidad caballeresca. Esas cruzadas norteafricanas lideradas por los reyes portugueses adquieren una dimensión propagandística internacional. Sin embargo, el término cruzada en ese ámbito norteafricano no aparece en los escritos del momento.

Las conclusiones de la obra son un tanto breves, pero acertadas, acordes con el desarrollo de un trabajo reflexivo a lo largo del cual el autor ha ido dejando ideas propias. Concluye que caballeros y caballería son conceptos polisémicos en las fuentes portuguesas bajomedievales. Caballería alude a un “orden” social, al tiempo que a un “honor” y una “ideología” sustentada en valores, principios, prácticas y rituales que se retroalimentan. Esa ideología, reflejada en los textos, es elemento central en una caballería que termina por convertirse en un lenguaje de relación y comunicación entre los grupos dominantes, que cumple una función en los equilibrios de poder y que, por ello, no es la cáscara fastuosa y vacía que tradicionalmente se pensó que era.

Por todo ello entendemos que la lectura de este libro es muy recomendable, porque demuestra que gracias al análisis del rol del caballero y la caballería podemos incrementar nuestro grado de conocimiento de las sociedades medievales.